

Aquí en Iowa, los políticos y los candidatos presidenciales no están completamente fuera del tiempo de elecciones. Vemos que posibles candidatos presidenciales ya han aparecido por su propia iniciativa o ya han sido invitados a eventos sociales/políticos de los dos partidos mayoritarios de este país. Estas apariciones públicas proporcionan al candidato la oportunidad para mostrarse a sí mismos y permitir que los seguidores fieles de estos partidos y el público en general puedan "evaluarlos".

En la bien conocida escena del Evangelio de hoy, Jesús es "evaluado" por los discípulos, y da a conocer su específico mensaje de liderazgo y de política.

"¿Quién dice la gente que soy yo?" Y Jesús les pregunta: "¿Quién dicen ustedes que soy yo?" Los discípulos le responden que la opinión popular ve a Jesús como a un modelo de los grandes profetas de Israel, como Elías o su primo contemporáneo de Jesús, Juan el Bautista. Pedro, por su parte, hace una audaz confesión diciendo que Jesús es "el Cristo de Dios." Esta es una fuerte afirmación política y religiosa. Aquí Pedro está expresando la opinión popular de que el Mesías debería ser, al mismo tiempo, un líder militar y religioso, en la norma del rey David, el cual debería derrotar a los invasores romanos, reformar a los líderes religiosos corruptos y además restaurar el reinado y el templo. Por supuesto, que esto implica que hay que hacer el uso de la fuerza y de la violencia, porque "es así sólo cómo funciona el mundo." Cómo estaban de sorprendidos Pedro y los otros discípulos cuando Jesús les rechaza esta interpretación de lo que significa ser "el Cristo de Dios"! Jesús en cambio habla de su mesianismo en términos de aquel que se somete al sufrimiento, al rechazo, a la ejecución en una cruz como un criminal, y finalmente reivindicado por Dios al ser resucitado de los muertos. Imagínense a alguien considerado como un fuerte candidato presidencial les dice a sus seguidores: "Los pobres, los marginados y los indefensos estarán al frente y al centro en mi gobierno; las empresas y los intereses militares estarán detrás. Para esta causa, estoy poniendo mi carrera y mi vida. ¿Quieren unirse conmigo? Pero sé también que ustedes van a sufrir la pérdida de sus amigos, de sus familiares, de sus compañeros de trabajo, y van a levantar animosidad y odio de individuos y grupos en la comunidad, y también ustedes podrán a llegar a morir por mi causa. ¿Alguien quiere seguirme? ¡Levanten su mano!.

Seguir a Jesús significa negarse a sí mismo y tomar la cruz cada día. Este fue el reto en el siglo primero. Esto sigue siendo un reto en el siglo XXI.

Identificarse con Jesús significa que aceptamos *todo* lo que le sucedió a Jesús como parte de lo que somos y cómo queremos ser. Es mucho más fácil (y más seguro y socialmente más aceptable) construir una identidad propia en términos de poder, gloria y majestad y seguir a todo aquel que las promete. Se trata de un insólito desafío de construir una identidad propia en términos de negarse a sí mismo, de tomar el sufrimiento y el rechazo que esto va acompañado fielmente a la misión salvadora, de renunciar a la vida de uno mismo por el bien de otros y luego seguir a Aquel que hace estas promesas. Pero esta auto-identidad es lo que Jesús construye para sí mismo y para cualquier persona que quiera ser su seguidor. Aquí está el punto: para salvar nuestra vida, tenemos que perderla.

En el Papa Francisco tenemos un modelo para imitar esta clase de seguir a Jesús. En estos pocos meses desde su elección como Papa, sus palabras han tenido, sin duda, un impacto que ha hecho voltear cabezas de los jefes de gobierno y negocios ¡pero también algunas cabezas en el mismo Vaticano! En sus primeros días como Papa, el Santo Padre afirmó que su objetivo como Obispo de Roma es de crear una Iglesia pobre para los pobres del mundo. Al igual que Jesús, y San Francisco de Asís (el homónimo que el Santo Padre ha elegido para identificarse a sí mismo, y a su servicio como obispo de Roma), el Santo Papa y nosotros tenemos el desafío de establecer que las personas y la situación de los pobres: tanto física, emocional, y espiritualmente deben estar al frente y al centro de la Iglesia, Parroquia, y de las vidas individuales del discipulado. El Papa Francisco en la homilía de inauguración de su ministerio declaró: "cuando se ejercita el poder, [uno] debe entrar plenamente cada vez más en ese servicio, el cual va a tener su fin radiante en la cruz. ... [Uno] debe abrir [sus] brazos para proteger a todo el pueblo de Dios y abrazar con tierno afecto a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, los más débiles, los menos importantes, y aquellos que Mateo enumera en el juicio final sobre el amor: los con hambre, los sedientos, los forasteros, los desnudos, los enfermos o los encarcelados (cf. Mateo. 25:31-46).

San Pablo nos hace recordar que a través del bautismo hemos sido vestidos como los hijos de Dios en Cristo. Esta identidad se renueva, de nuevo hoy en día, en cada uno de nosotros en la Eucaristía. ¿Cómo nos evalúa la gente a nosotros? ¿Quién dice la gente que cada uno de nosotros es?

Padre Jim Secora